

Obsequio de la Biblioteca "MARIANO CUEVA".

A LA MEMORIA

DEL FINADO CANONIGO

SEÑOR DOCTOR MIGUEL CUEVA



Loja abril 16 de 1874.

*Imprenta del Seminario
por Don Ramón Alcocer*

TRIBUTO DE DOLOR

DUELO

Loja está de duelo ! Los pueblos, así como los hombres, tienen sus días de luto, de dolor i de lágrimas. **HA MUERTO EL DOR. MIGUEL CUEVA!!** * . . . i la noticia de tan infausto acontecimiento ha abierto una herida profunda en el corazón de la sociedad lojana.

Los hombres, como el Doctor Cueva, de recto corazón, de conciencia pura, de bien entendida ilustración i de virtudes evangélicas, están destinados por la Providencia á hacer el bien á la sociedad i á curar las heridas de la enferma humanidad; pero llega un momento, un instante i cae un grano de arena, el último, en el reloj del tiempo, i todo acaba i el pueblo que antes bendecía, ahora llora desoladamente, i levanta ternísima plegaria al Dios de las misericordias. Triste destino el de la humanidad! vivir llorando, i llorando siempre, la eterna despedida de sus bienhechores!

El Dor. Miguel Cueva nació en esta ciudad, de padres honrados i virtuosos, en el año de 1809. Estudió gramática en el Colejio de San Bernardo,

* *Murió el 9 de los corrientes, a las 7 de la mañana, dejándonos el ejemplo de una verdadera resignación i humildad cristiana.*

bájo. la direccion de profesores que bien pronto reconocieron i apreciaron su talento i felices disposiciones para la carrera literaria. Cursó filosofía en el Colejio Seminario de Cuenca, endonde fueron tan rápidos i sorprendentes sus adelantos, que se atrajo no solo el respeto i la admiracion de sus discípulos, sino el aprecio i las mas distinguidas consideraciones de sus maestros, de sus superiores i de cuantos le conocieron: un año le bastó para concluir, con admirable aprovechamiento, los tres largos cursos correspondientes á tres distintos años. Impulsado por un destino superior, por una feliz vocacion que le señalaba el camino que debía seguir, se dedicó mui luego al estudio de la teología, ciencia vastísima i difícil, en que tuvo ocasion de lucir por tercera vez sus indisputables talentos.

El Dor. Cueva debía ser sacerdote, ministro predilecto del Altísimo, porque para esto vino á esta tierra sembrada de espinas i dolores, para ser el espejo que, levantado en lo alto, debía derramar semillas saludables i fecundas en el seno de la sociedad; i fué, efectivamente, ministro del Señor; i los frutos de su amor, de su trabajo, de su celo ardiente é infatigable por el progreso de la viña del Señor, han labrado justamente la gratitud de un pueblo que lo llora con desconsuelo i amargura.

El Dor. Cueva recibió las órdenes sagradas en la Capital de la República, donde honró a su país natal con sus talentos i virtudes; i desde entónces el digno hijo de Loja empezó su carrera pública, con el brillo i el prestigio que corresponde a los seres especialmente destinados por la Providencia.

Adornado de conocimientos bastantes para dirigir á la juventud i fortificarla con el pan de la

inteligencia, fué nombrado catedrático de filosofía en el Colejio Seminario de Cuenca, destino que aceptó para hacer bien á su patria, i que desempeñó, por algun tiempo, á satisfaccion de un público ilustrado i competente.

De regreso á su país natal, sirvió curatos importantes, ejerció repetidas veces la Vicaría i el Provisorato de esta provincia, perteneció al coro de Canónigos como uno de sus primeros i mas importantes miembros, desempeñó el Rectorado del Colejio Seminario, i, últimamente, rijió la diócesis como Administrador Apostólico, ántes del Ilmo. i Rmo. Administrador actual. Su tino, su rectitud, su celo en el desempeño de tan complicadas funciones, á la vez que la elevacion de su carácter i la nobleza de su alma en todas las facetas de su ministerio, han dejado recuerdos indelebles en el corazón de un pueblo que sabe amar lo que es digno de amor, estimar lo que es digno de aprecio, i ser sensible á la vista de una tumba que contiene los restos mortales de un predilecto bienhechor.

Sacerdote ilustrado i verdadero ministro del Altísimo, nunca olvidó el precepto evangélico de la predicacion. Desde la cátedra del Espíritu Santo, de sus labios brotó siempre la verdad, bien como rayo centellante lanzado contra el vicio i las malas pasiones, bien como un aroma suavísimo encaminado á fecundar la virtud i la inocencia. El Evangelio fué su estudio favorito, i de allí supo sacar toda esa uncion, ese entusiasmo, esa manera dulce i patética de decir la verdad, que le caracterizaban tan notablemente en el púlpito. Ahora, ya no le escucharemos más, ni le volveremos á ver nunca . . . ni en el templo, ni en la cá-

tèdra, ni en ninguna parte, del mundo Para verle, es necesario ir al lugar misterioso i solitario de los muertos: allí hai una tumba; preciso es regar lágrimas i flores sobre ella: mas allá hai un cielo; preciso es elevar una plegaria.

El Dor. Cueva conoció su mision i supo corresponder á ella como verdadero sacerdote católico. El fuego de la caridad ardía en su corazon, i buscó siempre las ocaciones de hacer el bien. ¡ Cuántos infelices huérfanos, cuántas viudas desconsoladas, cuántos pobres desvalidos pueden decir ahora suspendiendo por un momento su lloro: *Tuve hambre i me disteis de comer, tuve sed i me disteis de beber, estuve desnudo i me vestisteis!* — Timbres magníficos, celestiales, que le habran valido una coronamarcible ante la Justicia Divina— Caridad! planta preciosísima i fecunda: qué bien sazonados frutos dais en el corazon del sacerdote católico!

El árbol de la caridad lo fecunda Dios i lo custodian los ángeles: á su sombra no anidan las serpientes ni crecen las malas yerbas. Asi, el alma del Dor. Cueva, abrasada por una caridad ardiente, no podía hacer el mal, porque su alma era el alma de un verdadero sacerdote católico. La negra envidia, la torpe codicia, i todas esas pasiones que envilecen al hombre i convierten en piedra de escándalo al sacerdote, no tuvieron nunca cabida en su corazon, porque allí sombreaba el árbol de la caridad. Por eso, al ver un féretro, un gentío inmenso se precipita á su alrededor, no para maldecir su nombre, sino para bendecir su memoria i tributarle el homenaje de sus lágrimas.  Asi es como señala su paso por la tierra el verdadero sacerdote católico!

Amigo sincero i leal, nunca traicionó la amis-

tad; ántes bien, cultivó con esmero esta planta celestial, tan difícil de aclimatarse en las sociedades donde no florecen la religión i la moral.

Nunca se mezcló en la *política*, en esa *política* de rastreras pasiones i odiosas personalidades, en que la juventud se pierde en sus delirios i se infama luego desgarrando el seno de su patria i echando lodo en su bandera. Siempre se le vió del lado del orden público, i su *política* fué en todos tiempos la política del Evangelio: *Amoros los unos á los otros*. — Desde su tumba saldrá siempre este eco salvador, esta *política* civilizadora! Que la juventud lo escuche reverente i aprenda á amar, i á ser grande por el amor, sobre la tumba del Dor. Miguel Cueva!

Una tumba! pero, qué es una tumba? Un abismo insondable endonde el hombre se pierde en consideraciones sin fin. La tumba es la muerte, es la vida, es el gozo, es el llanto, es el polvo, es el ser, es el principio, es el fin, es la esperanza, es el infinito, es . . . , Dios.— De este lado, la miseria, el dolor i la muerte: mas allá del sepulcro, Dios recibiendo entre sus brazos á sus hijos predilectos.— Morir! dar un salto de las tinieblas á la luz, dejar un cadáver en la tumba i volar a las mansiones de la dicha, donde está Dios, donde está la Patria i la eterna vida, oh esperanza inmortal, infinita, del peregrino de este mundo!

Almas desgarradas por el dolor, corazones desolados, consolaos: el alma del Dor. Cueva ha volado, por encima de los soles i de los mundos, á las rejiones de la dicha, de la felicidad sin fin,

al seno del Criador Omnipotente, del Dios de amor i de misericordia. Consolaos; su alma vive todavía con nosotros, i vivirá al traves de los tiempos, miétras florezcan en esta tierra desgraciada las virtudes que nos legó con su palabra i con su ejemplo.

Un vacío inmenso queda, sin embargo, en el seno de su familia i en el de la sociedad, por que la muerte es una eterna despedida, i la despedida de un hombre como el Dor. Cueva, deja siempre un vacío inmenso i doloroso. Llenemos este vacío con nuestro llanto, con ese llanto que vivifica i que sube hacia lo alto resolviéndose en oracion: que nuestras lágrimas, las lágrimas de una inconsolable familia i las de un pueblo entero caigan puras, fervientes i fecundas en ese enlutado i lúgubre vacío: un ángel recojerá esas lágrimas i las hará valer ante el Trono del Dios de las misericordias.

Loja, abril 12 de 1874.

LOS AMIGOS DEL FINADO.